

en la mejilla del Salvador, y el otro á Jesucristo presentado al pueblo por Pilato.

Fatigados de la visita que acabábamos de hacer á los lugares y edificios que recorrimos durante el día, nos vimos obligados á retirarnos á nuestro alojamiento, sin avanzar por el lado de la Puerta Mayor, para visitar iglesias y monumentos que se hallan en las cercanías. Nos propusimos volver otro día, como lo verificamos, y de ello daremos cuenta al lector en el capítulo siguiente.

CAPITULO DÉCIMOCUARTO.

La Puerta de San Juan.—Santa Cruz de Jerusalem.—De la Puerta Mayor á la de San Lorenzo.—La basílica de San Lorenzo.—La Cripta.—El Sepulcro de Pío IX.—Impresiones.—La Columna de San Lorenzo.—De San Lorenzo á las Termas de Diocleciano.—Las Termas.—Santa María de los Angeles.—El Claustro.—La Fuente del *Acqua Felice*.—Santa María de la Victoria.

ENTRE las antiguas puertas que abrían entrada á los muros que todavía cercan la Ciudad Eterna, estaba una, inmediata al sitio en que hoy se encuentra la basílica Lateranense, y se llamaba *Asinaria*, por ser la que se abría en la *Vía Asinaria*.

Esta puerta, reconstruida hoy, tomó el nombre de "Puerta de San Juan," por hallarse frente á la fachada principal de la dicha iglesia. Saliendo por esta puerta y tomando la ruta que lleva á la Villa de Albani, nos encontraríamos con la antigua *Vía Latina* que la atraviesa, y al paso admiraríamos de cerca los admirables restos del Anfiteatro castrense, y del acueducto de Claudio; veríamos las Cámaras sepulcrales, y visitaríamos las venerables ruinas de la iglesia de San Clemente; pero esta excursión sería de largo tiempo, pues habríamos de recorrer de ida y vuelta algunas millas. Volveremos, pues, á entrar en la ciudad, y tomando el camino que se abre á la derecha de la puerta, después de andar unos mil pasos, nos hallaremos en frente de la fachada de Santa Cruz de Jerusalem, una de las siete basílicas de Roma, edificada por Santa Elena, madre de Constantino, en los jardines *Variani* construidos por Heliogábalo, donde este vil tirano y el que le sucedió, Alejandro Severo, pasaron sus días.

El Papa San Silvestre consagró esta iglesia, que fué restaurada en diversas épocas y reconstruida al fin por Benedicto XIV, quien alteró la forma primitiva del templo incrustando en pilares de mampostería las bellas columnas de la nave del centro. Una inscripción colocada sobre la puerta principal, por la parte interior, menciona todas las restauraciones hechas en la iglesia, por orden de aquel Sumo Pontífice.

De la fachada, que es de buen estilo, aunque no se recomienda por su pureza, se pasa á un pórtico de bizarra arquitectura adornado con varias columnas, algunas de granito, las cuales sostienen una cúpula. El interior de la basílica es de tres naves, que dividen las pilastras de que hemos hecho mención, quedando descubiertas solamente ocho de las antiguas columnas. El ábside fué decorado por Pinturichio con hermosos frescos, y el baldaquino del altar mayor descansa sobre cuatro columnas de coralina. Debajo de la mesa del Sacrificio, una rica urna de basalto guarda los cuerpos de los Santos mártires Cesáreo y Atanasio. Un pequeño corredor en alto, á la derecha, conduce á una capilla interior en donde fué colocada la insigne reliquia de la Santa Cruz, descubierta por Santa Elena. Se nos aseguró que todavía se conserva allí este precioso tesoro de la Cristiandad, lo mismo que el título que mandó poner Pilato, "Jesus Nazarenus Rex Judeorum," y una espina de la corona que los judíos pusieron sobre la cabeza del Redentor, y un clavo de los que fueron empleados para sostener el Sagrado Cuerpo en el entonces afrentoso patíbulo. Cuando hicimos nuestra visita, no se hallaba en la basílica el Padre Rector, y no pudimos conseguir permiso para entrar en la capilla, lo que sentimos sobre manera, por habernos privado de ver y de venerar de cerca las sacratísimas reliquias.

Abajo del presbiterio, á la derecha, está la capilla de Santa Elena, que se dice fué construida en el sitio en que la Santa hizo colocar una cantidad de tierra del Monte Calvario. Está adornada con buenos frescos de Pomarancio, y con bellos mosaicos de Baltasar Perucci.

De Santa Cruz saldremos, tomando el camino que está indicado en la dirección del Norte; al paso veremos los restos de los Jardines *Variani*; nos detendremos momentáneamente delante de esa especie de arco triunfal que se llama la Puerta Mayor, de grandiosa arquitectura, y quedaremos un breve rato contemplando las ruinas que llaman del *Templo de Minerva Medica*, edificio de forma circular cerrado por diez hemicírculos interiores que ocupan, reunidos, una área de setenta metros: estos hemicírculos servían de nichos, en los cuales deben haber estado colocadas algunas magníficas estatuas de dioses, que fueron descubiertas en este lugar; la bóveda se derrumbó en el año de 1828. Seguiremos nuestro camino sin visitar la iglesia de Santa Bibiana, que fué consagrada por el Papa San Simplicio en 1470: tampoco llegaremos á la de San Eusebio, ni nos detendremos á ver el Arco de *Gallieno* dedicado al emperador de este nombre en el año 260. Ardiendo en deseos por llegar á la célebre basílica de San Lorenzo, Extra-muros, no haremos parar el carruaje delante de otras iglesias y de otros restos de antiguos monumentos, hasta salir por la puerta llamada hoy de San Lorenzo, antes *Triburtina*, por hallarse sobre la vía de este nombre, y á los diez minutos de camino nos encontraremos enfrente de la basílica.

En el sitio que hoy ocupa, estaba una posesión llamada *Fundus Veranus*, de Santa Ciriaca, matrona romana, en donde la Santa había hecho construir un cementerio para sepultar á los mártires y entre otros inhumó allí á San Lorenzo, primer diácono de la Iglesia de Roma. En el mismo lugar en que se hallaba el cementerio, Constantino el Grande dispuso la fundación de la basílica erigida por él en 330. Muchos Pontífices restauraron esta iglesia, señaladamente el Papa Pelagio II, quien la enriqueció de tal manera, que se la dió el epíteto de *Speciosior*. Se asegura que la primera basílica, tenía una dirección opuesta á la que hoy tiene, y su entrada era por donde hoy está el fondo del templo. Honorio III la ensanchó haciéndola de tres naves y agregándole un pórtico. Para este ensanche se unió á la basílica de Constantino otra que se encontraba inmediata y había sido consagrada á la

Virgen María. En el siglo VIII, Adriano I hizo renovar la techumbre, que amenazaba ruina. Con motivo de las obras que había ejecutado el Papa Honorio, quedó enteramente cambiada la primitiva iglesia y como se hallaba en un nivel mucho más bajo que el suelo, quedó sepultada en gran parte en la tierra y solamente se empleó la superior para colocar el presbiterio. Otras muchas obras fueron ejecutadas en tiempos posteriores, hasta el año 1657 en que los canónigos de San Juan de Letrán la reconstruyeron nuevamente, y así permaneció y en ese estado se encontraba cuando en 1864 fué emprendida la grandiosa restauración que el arquitecto Vespignani, ejecutó por orden y á expensas del inmortal Pío IX. El pensamiento que presidió á esta restauración, fué restablecer la iglesia al estado que debió tener en los primeros siglos de la Era cristiana, y en la decoración interior y exterior cuidóse de conservar inalterable el estilo primitivo, procurando restaurar con inteligencia lo que existía é imitar á la mayor perfección posible, lo que fué necesario hacer de nuevo. Siguiendo este bello pensamiento se consiguió restablecer una iglesia antiquísima, presentando en buen estado de conservación un edificio que por su forma y su ornamentación pertenece á una época de muchos siglos atrás.

Cuando se entra en esta basílica, se la ve revestida de una majestad y de un aspecto tan severo é imponente, que se siente uno inspirado de profundo respeto y veneración. El cuerpo principal, como hemos indicado arriba, es de tres naves que separan 22 gruesas columnas de diversos diámetros, casi todas de granito oriental, con capiteles jónicos muy antiguos. De uno y otro lado de la nave del centro se ven los magníficos ambones de mármoles muy raros con incrustaciones de curiosos mosaicos: en el de la derecha está la columna espiral que servía para poner el cirio pascual. El pavimento de ésta y de las naves laterales, es de mármoles de colores; la techumbre de madera con pinturas sobre fondo dorado. De la nave central por donde se desciende á la que llaman en Roma la Confesión, se sube á la parte de la anti-

gua basílica en donde Honorio III hizo el presbiterio, el cual está adornado con doce columnas de mármol violeta, acanaladas. Estas soberbias columnas se levantan desde el piso de la primitiva basílica, que está muy abajo, hasta el entablamento del presbiterio, por lo cual aparecen de un diámetro desproporcionado. La cornisa que reciben es de mármol esculpido con distintos dibujos, por haberse tomado las piedras de diversos edificios más antiguos. Sobre esta cornisa se elevan otras doce columnas menos grandes, de mármol del mismo color, formando una galería superior en la cual se ve la antigua silla pontificia, embellecida con preciosos mosaicos, y á los lados los asientos también de mármol, del antiguo coro. El altar papal está colocado en medio del pavimento del presbiterio, arriba de la confesión y está cubierto con un baldaquino de estilo bizantino que sostiene cuatro preciosas columnas de pórfido rojo. En la fachada del grande arco que separa el presbiterio de la nave principal, se ve un interesante mosaico del siglo VI, ejecutado por orden de Pelagio II. Es digno de un especial estudio el bellísimo pavimento del presbiterio, de estilo alejandrino, obra muy antigua y bien acabada.

En el fondo del presbiterio hay dos escaleras por las cuales se desciende á la cripta, que está en el piso de la antigua basílica, en donde se halla la urna que guarda los restos mortales de los Santos Lorenzo, Esteban y Justino, mártires. Enfrente está la humilde tumba de un mártir de otro género, que floreció en este nuestro siglo, el gran Pontífice Pío IX. Ignoramos en qué estado dejaría este eminente Papa, la estancia en que vamos á entrar cuando terminaron las obras que por su orden fueron ejecutadas en la basílica. Nuestra descripción se va á referir al estado en que se encuentra hoy que están para concluir los trabajos emprendidos bajo los auspicios del actual Pontífice León XIII para embellecer el sitio en que su antecesor quiso que descansaran sus mortales despojos.

Sabido es que el virtuoso Papa ordenó en su testamento que su cadáver fuese sepultado en la cripta de San Lorenzo

debajo de un modesto túmulo que no costara más de cuatrocientos escudos romanos. Sabido es también que en cumplimiento de esta disposición el cadáver fué trasladado de San Pedro   San Lorenzo para ser inhumado en el sitio en que hoy se encuentra su tumba, en la pared que corresponde al fondo de la basílica y es una de las laterales del salón que forma la cripta. No hay para qué recordar el desorden que con motivo de la traslación promovieron algunos malignos sectarios anti-católicos para profanar los restos del que había sido Vicario de Jesucristo. Ese hecho inaudito   incalificable ya está juzgado, y arrojó una fea mancha sobre los autores de tan horrible crimen. El cadáver fué conducido al lugar en donde descansa esperando la resurrección de la carne.

Ya sea en desagravio de aquel ultraje   la memoria de un Pontífice tan eminente; ya por el amor que le tuvieron en vida cuantos le conocieron; lo cierto es que bajo el patrocinio del Señor León XIII, fué organizada una comisión que tomó   su cargo el promover y llevar á cabo la restauración y decoración de la cripta, obras que ya est n terminando y son de las más bellas y artísticas que han sido realizadas en Roma en el presente siglo.

La forma de la cripta es la de un salón cuadrangular que mide 20m. 37c. de longitud y 5m. 26c. de anchura. La decoración, de un estilo bizantino del siglo VII, es de lo más rica y hermosa que imaginarse puede. Las paredes están divididas en tres grandes zonas: la inferior se ve cubierta con un basamento de poco más de un metro, adornado con molduras entalladas y con incrustaciones de metal sobre láminas de violado y verde antiguo. Los cuadros del basamento est n incrustados de oro y nácar sobre pórfido y serpentina. La zona que descansa encima del zócalo, es de preciosos mosaicos afectando la forma de tapicerías de fondo azul con rosetas de oro, plata, nácar y piedra de cristal, teniendo en el centro los escudos de los Obispos que han contribuido con sus donativos   los gastos de la obra. En las paredes de enfrente se ven los escudos y los nombres de las órdenes reli-

giosas, de las sociedades católicas y de las familias que han prestado su cooperación   la obra. De las cinco entradas que tiene el salón, las dos principales han sido enriquecidas con preciosos remates de m rml finamente esculpidos y calados. La tercera zona está revestida en toda su extensión de mosaicos con figuras simbólicas. El arcezonado del techo tiene hermosas labores de estuco dorado y preciosos mosaicos de variados colores y dibujos del mismo estilo bizantino. El pavimento es de m rml adornado con mosaicos de apariencia antigua, de muy bellos dibujos, al uso de las antiguas basílicas.

Cuando tuvimos la satisfacción de visitar la cripta, estaban terminadas casi todas las obras de revestimiento de las paredes y las de ornamentación del arcezonado. En los planos que nos hizo el favor de mostrarnos el encargado de la obra, se ve que faltan por ejecutar las pinturas   frescos que han de embellecer los huecos de las paredes, en donde no se ha puesto aún decoración alguna. En los muros de menor extensión, ó sea en las cabeceras de la sala, en el de la derecha, aparecerá la imagen de San José, declarado por Pío IX Patrón de la Iglesia universal, y en el de la izquierda serán representadas Santa Ciriaca, fundadora del cementerio sobre el cual se construyó la basílica, y Santa Inés, por cuya intercesión el Santo Pontífice creyó haber salvado de un gran peligro. En la pared en que está la tumba, los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, y   sus lados los mártires San Lorenzo y San Esteban. Enfrente se verán representadas la proclamación del dogma de la Infallibilidad Pontificia y la concordia del Episcopado con la Santa Sede; la Epifanía del dogma de la Inmaculada Concepción; el trigésimo aniversario del Pontificado de Pío IX, y el Obolo de los fieles en socorro de la pobreza   que fué reducido el Vicario de Jesucristo por la revolución.

El monumento que guarda los restos del Papa no sufrirá modificación ninguna; se le dejar  en la modesta sencillez en que fué construido, respetando la voluntad del ilustre finado. Es una especie de sarcófago incrustado en parte en

el muro, sin más ornamentación que el escudo de las armas pontificias, y una inscripción latina que dejó escrita el Pontífice, y se traduce así:

HUESOS Y CENIZAS

DEL PAPA PÍO IX.

VIVIÓ LXXXV AÑOS. GOBERNÓ LA IGLESIA XXXI AÑOS.

ROGAD POR ÉL.

Arriba del sarcófago, en la pared, dentro de un semicírculo adornado pobremente, se ve la representación del Buen Pastor. Una reja de fierro de muy sencilla ejecución está cercando en forma semicircular también, el modesto sepulcro de uno de los más grandes Papas que ha tenido la Iglesia.

Al acercarnos á la tumba de Pío IX sentíamos la veneración que nos ha inspirado la presencia de los sepulcros de los santos: experimentamos un profundo respeto hacia esa tumba en que yacen los mortales despojos del hombre más grande en sus hechos y en sus desgracias que ha de recordar la historia entre los más eminentes que han figurado en el presente siglo.—Aquí están, pensábamos, leyendo la inscripción del sepulcro, los huesos y las cenizas de un hombre cuya virtud se vió acrisolada por las más duras pruebas, de un rey destronado, de un Pontífice prisionero. Aquí estan, nos decíamos, los restos del hombre que jamás transigió con la maldad, del rey que prefirió perder su soberanía antes que faltar á sus deberes, del Pontífice del *Syllabus* que tuvo la energía de lanzar sus anatemas contra una sociedad incrédula y corrompida, en que la Fe y la moral amenazaban desaparecer; del que enriqueció nuestra creencia con la declaración de dos de sus más importantes dogmas; del que restableció la moral con sus admirables enseñanzas. Aquí yacen los despojos de un hombre que amó á la humanidad y se sacrificó por ella; de un rey que hizo el bien á sus pueblos; que embelleció la primera ciudad del mundo, sacando del polvo los mejores monumentos de la antigüedad, salvando otros de la destrucción, y restaurando los que se veían amenazados de ruina;

que protegió las artes y á los artistas, haciendo ejecutar gigantescas obras, estableciendo museos y enriqueciendo otros; de un Pontífice que fomentó la instrucción; que fundó colegios y universidades; que estableció y prestó apoyo y protección al establecimiento de sociedades religiosas; que definió dogmas, que moralizó las costumbres; que combatió la impiedad; que defendió los fueros del Pontificado y los derechos de la Iglesia con energía y con perseverancia, y murió prisionero de la revolución sin haber transigido con ella y protestando hasta el último instante de su vida contra la usurpación de que fué víctima en su persona el Papado.....

Entregados por un largo rato á estas y otras consideraciones que se desprenden de los preciosos recuerdos que trae á la memoria la interesante historia de Pío IX, íntimamente ligada con la de la humanidad y la de la Iglesia; no nos habíamos fijado en la deprecación que está esculpida en el monumento: "Ora te pro eo," y nos pusimos á orar; pero lo diremos con franqueza, no nos creímos obligados á pedir por él, sino á orar con él y á pedir por su intercesión el remedio de nuestras necesidades, de las de nuestra patria, de las de Roma, cuya suerte nos inspira grande interés, y las de la Iglesia, nuestra buena Madre.

Salimos de allí con el corazón oprimido; vivamente impresionados; como cuando se retira un hijo del sepulcro de sus padres que ha ido á visitar por la vez primera, después de su fallecimiento. Desde muy niños había sido nuestro mayor deseo, durante el glorioso Pontificado de Pío IX, ir á Roma á recibir la bendición del virtuoso Papa, y no nos fué permitido realizar este deseo. Las lágrimas de nuestros padres por la naturaleza, arrancadas á la sola idea de nuestra separación, hicieronnos desistir de nuestro propósito en una ocasión en que habíamos hecho ya hasta los últimos preparativos para el viaje. Dios no quiso concedernos la satisfacción de presentarnos á Pío IX en vida, y cuando menos lo pensábamos nos facilitó los medios de ir á visitar al Pontífice, después de muerto, en su veneranda tumba.

Al salir de la basílica nos fijamos en un monumento que

se alza delante del pórtico de la fachada, á la derecha; es una bella columna de granito rojo oriental, coronada con la estatua de San Lorenzo, esculpida en bronce por Francisco Lucenti. Este monumento pertenece á la época de la última reconstrucción de la basílica, y fué erigido también por Pío IX.

Regresando al interior de la ciudad por el mismo camino que nos condujo á la basílica, volveremos á entrar por la puerta de San Lorenzo; tomando la calle de este mismo nombre, que va á salir á la hermosísima y extensa avenida de la Princesa Margarita, seguiremos la dirección de esta calle por el costado de la Estación del Ferrocarril, gran edificio de magnífica apariencia, cercado de muy elegantes construcciones modernas, y embellecido con vistosos y bien cultivados jardines. Al acabar de recorrer esta avenida, se abre la extensa é irregular plaza en donde se alzan todavía ennegrecidos por la intemperie y carcomidos por los años, los muros que han quedado en pie de las Termas de Diocleciano. Debíamos suspender allí nuestro camino y avivar nuestros recuerdos para visitar esas imponentes ruinas y los edificios que sobre ellas y aprovechando parte de sus magníficos despojos, han sido levantados en siglos posteriores, y alguno muy recientemente. De larga duración debería ser esta visita y no disponíamos para ello sino de una sola tarde. Aprovechando, sin embargo, lo mejor que pudimos tan breve tiempo, nos dió suficiente materia para entretener con nuestra descripción un buen rato á los lectores.

Estas magníficas termas ó baños públicos fueron construidas por los emperadores Diocleciano y Maximiano. Comenzadas durante el corto reinado del primero, las acabó el segundo y fueron dedicadas por los sucesores de éste, Constancio Cloro y Galerio. Dícese que no había otras que pudiesen contener mayor número de gente, pues en ellas podían bañarse á un tiempo, 3200 personas. Para tener idea de su grande extensión, basta saber que formaban un inmenso cuadrado con una sala circular en cada ángulo, y todo el perímetro cercado comprendía una área de 1372 metros, según las medidas

de muy entendidos arqueólogos. De estas salas existen, aunque cambiada la forma, la en que fué construida la iglesia de San Bernardo y la que sirve de vestíbulo al edificio de la prisión, al comenzar la *Vía Viminale*.

Las termas encerraban bellos pórticos, hermosos patios y magníficas salas; tenían, además, bosques y jardines con deliciosas calzadas para pasear; había escuelas de natación y de ejercicios atléticos, y una soberbia estancia de las llamadas *Pinacotheca*, destinada á conservar objetos del arte antiguo.

De los edificios que componían las termas, quedan las dos salas circulares de que hemos hablado, el hemicielo y la rotonda de que se forma el vestíbulo de la bellísima iglesia de Santa María de los Angeles, la inmensa sala que constituye el cuerpo principal de la misma, otras muchas salas á la derecha, que sirven de almacenes de depósito, y el grandioso hemicielo enfrente de la iglesia, en cuyo fondo se abre la *Vía Nazionale*.

No hay una sola iglesia en la ciudad de las iglesias, como podríamos llamar á la Roma de los Papas; no hay un solo templo que no se haga notar, ya por los grandes recuerdos históricos que despierte; ya por las insignes reliquias que guarde; ora por su remota antigüedad; ora por los restos de muy antiguos edificios que se hayan empleado en su construcción; y todas, más ó menos, por su magnificencia ó por el mérito artístico de las obras que en su interior se admiran. Desde la gigantesca Basílica de San Pedro, en el Vaticano, hasta el llamado "Templito del Bramante," en San Pedro *in Montorio*; desde la venerable basílica subterránea de San Clemente, hasta la magnífica de San Pablo, extramuros; no existe una sola iglesia, en la cual no haya objetos de gran veneración para el creyente, de útil estudio para el anticuario, de profunda admiración para el artista. En las iglesias de Roma se confirma el católico en la verdad de las enseñanzas de la fe; el anticuario, el arqueólogo y el historiador hallan un campo vastísimo para sus investigaciones; el amador del arte mil y mil objetos que admirar, y el verdadero artista